

34° Encuentro Nacional de Mujeres



Partido Obrero Revolucionario

Para terminar con toda forma de violencia y opresión es necesario acabar con el capitalismo y construir la sociedad comunista

El retroceso del poder adquisitivo de salarios y jubilaciones, la pérdida de cientos de miles de puestos de trabajo, la inflación insoportable, la precariedad en las condiciones de trabajo, en medio de una fuerte recesión de la economía, con el cierre de decenas de miles de talleres, fábricas y comercios, hacen crecer la pobreza y el hambre, potencian terriblemente las condiciones generales de opresión que sufrimos y la violencia en todos los terrenos.

Esta situación **no es solo el producto de las políticas de Macri, es toda una clase social** que está detrás de él. Son los banqueros nacionales y extranjeros, son las multinacionales, los terratenientes, la gran burguesía industrial, son los que concentran la propiedad de los principales medios de producción en el país, son los que detentan el poder.

Se podrá sacar a Macri con el voto en las elecciones, pero el poder seguirá en las mismas manos. De lo que se trata es que terminemos con el poder de la burguesía, una clase parasitaria, antinacional, corrupta, que es incapaz de sacar al país del atraso y el sometimiento.

Fernández está dispuesto a gobernar con todos ellos, por lo tanto no habrá ninguna solución de fondo para nuestros problemas que son dramáticos. Encima nos pide que no luchemos, que no hagamos huelgas, que salgamos de la calle.

Que acatemos el pacto o acuerdo social que están tejiendo, para que posterguemos nuestras aspiraciones. Nos piden resignación. Que esperemos a recomponer la situación, que el daño que se ha hecho a la economía es muy

grande. Que cuando se ponga en marcha la economía empezaremos a estar mejor.

El daño de la economía tiene responsables, tiene beneficiados. Ahí hay que meter mano. No alcanza con desconocer toda la monumental deuda en dólares y en pesos. Queremos saber dónde fue a parar toda la deuda. Que no nos vengán con el cuento de que nos dan un poco más de plazo para pagar o que nos quitan un pequeño porcentaje. ¡No hay nada que pagar! Las petroleras, los terratenientes, las empresas de servicio tienen ganancias extraordinarias. Para empezar a “reparar el daño” necesitamos todos esos recursos para ponerlos en la producción y en el consumo popular.

Para **terminar con esa minoría** que saquea el país y nuestros bolsillos y nos coloca en situación desesperante, tenemos que redoblar la organización y movilización, confiar en nuestras propias fuerzas, en nuestra lucha, en la huelga general. Rechazamos la política de la burocracia sindical de someterse a la farsa electoral y colaborar desde ya con el próximo gobierno.

La izquierda electorera llama a confiar en el Congreso, a tener más diputados. Nosotros, en cambio, desalentamos toda ilusión en el Congreso, que es una institución al servicio del gobierno y del FMI, ha sacado todas las leyes que necesitan y son impotentes para resolver algún problema. El derecho al aborto y todos nuestros derechos, serán conquistados en las calles, no con más diputados.

Por estas razones, con estas ideas, **intervenimos en la campaña electoral llamando a anular el voto.**

La despenalización del aborto de Alberto Fernández no significa legalizarlo sino que sigamos muriendo

Ya se cumplió más de un año desde que el parlamento burgués rechazó el proyecto de ley por la interrupción voluntaria del embarazo, desconociendo la voluntad de los cientos de miles de personas que nos movilizamos a lo largo y ancho del país. Pese a esto no se pudo impedir que el debate llegase a boca de los medios, de lugares de

trabajo y sindicatos, de las escuelas, de las universidades y de los hospitales. Sin embargo, la realidad sigue golpeándonos duramente a todas las mujeres. Tales son los casos de Patricia Solorza condenada a 8 años de prisión por haber abortado y posteriormente fallecida dentro del penal de José León Suárez en condiciones paupérrimas, o de Lucía,

la niña tucumana de 11 años obligada a parir.

La burguesía se alía con la Iglesia facilitando el control ideológico y disciplinador que ésta ejerce sobre las masas a través de la educación, la salud y la justicia. Además, en marzo de este año el pastor Rubén Proietti, titular de Alianza Cristiana de Iglesias Evangélicas de la República Argentina (ACIERA), visitó a distintos legisladores para asegurar y presionar para que el Proyecto por la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) no se apruebe, esto es un claro ejemplo de esta complicidad.

Alberto Fernández, el candidato presidencial del Frente de Todos, después de las PASO aseveró que tiene la decisión política de despenalizar y legalizar el aborto porque no quiere que se muera ninguna mujer más, pero posteriormente explicó que lo haría gradualmente. Este es un planteo hipócrita: despenalizar implica que somos muriendo por abortos al margen del sistema de salud. La “despenalización” ya está contemplada en el Código Penal hace casi 100 años, y sabemos muy bien que esto no significa legalizar, sino que depende de la voluntad del cuerpo médico, de la visibilidad social que logre alcanzar el caso, y del peso de la Iglesia en cada región. Fernández de la forma más oportunista busca simpatizar con los reclamos del movimiento de mujeres, jugando a desmovilizar a las masas, alimentando las ilusiones en el parlamento burgués; cuando en los hechos no está dispuesto a romper los vínculos con la Iglesia y a chocar directamente contra el gran negocio que representa la salud privada. Para que las mujeres dejemos de morir por abortos clandestinos es indispensable un sistema único y estatal de salud. En 1920 la Rusia sovié-

tica, timoneada por la clase obrera, dirigida por los bolcheviques legalizó el aborto por primera vez en el mundo.

La primera expresión del pacto social fue el discurso de Kirchner donde señaló que dentro del peronismo podían coexistir pañuelos verdes y celestes. La sangre de las mujeres muertas por abortos clandestinos nos recuerda que teniendo mayoría en ambas cámaras del Congreso, impidió sistemáticamente la legalización del mismo durante su Gobierno. Señalamos la hipocresía de los pañuelitos celestes, de los autoproclamados “Pro-Vida”, se consideran así por tener una campaña llamada “salvemos las dos vidas”, en los hechos son promotores de la miseria, ya que ni siquiera contemplan un reclamo a las condiciones materiales para que la maternidad sea viable para quienes decidan ejercerla. Por otra parte la campaña IVE, tiene como objetivo fundamental garantizar terminar con las muertes que son consecuencia de la práctica clandestina del aborto y de esta manera garantizar que sin importar la clase social las mujeres podamos planificar nuestras vidas. Sin embargo, sabemos que no es suficiente con la implementación de la ley, se necesitan condiciones materiales y desde allí es donde llamamos a movilizar y exigir la inmediata incorporación de las mujeres en la producción, además, el Estado debe garantizar la socialización de las tareas domésticas y hacerse cargo de la reproducción de la fuerza de trabajo.

La ausencia de un llamado a la huelga general de las centrales sindicales para asegurar la legalización del aborto demuestran la traición de la burocracia. Tenemos que recuperar nuestros sindicatos de manos para que asuman su rol y hagan suyas todas las luchas por los derechos de las mujeres.

Defendamos incondicionalmente la unidad del Encuentro

El Encuentro tiene una importancia histórica, se ha potenciado y ha impulsado otros movimientos que han colocado en el centro de la situación política la lucha por los derechos de las mujeres y de todas las oprimidas, incluyendo a numerosos sectores sin voz, durante más de tres décadas.

Ningún tema, por importante que sea, justifica que se divida o fracture el Encuentro. Los gobiernos, las iglesias, los empresarios, la burocracia sindical, ven un peligro en ese movimiento que se gestó y permitió desenvolver la organización de las mujeres en todo el país. Los debates que allí se realizan penetran en toda la sociedad y cuestiona todas las formas en que aparece la opresión.

Creemos que sería un grave error que una definición en torno al nombre del Encuentro lo divida, que se hagan actos aparte, que no funcionen las comisiones, etc. Lo que caracteriza al Encuentro es la participación de mujeres de todas las clases oprimidas: obreras, empleadas, campesinas, desocupadas. Esta unidad de las clases oprimidas ha permitido en todos estos años que los talleres reflejen las particularidades de los reclamos de cada sector, tanto de las identidades étnicas y sexuales así como problemáticas específicas de las mujeres rurales, etc.

El año pasado cuestionamos el planteo de denominarlo “**Encuentro Plurinacional de Mujeres**” levantado por un sector de compañeras de los pueblos originarios. Entendemos que esta propuesta se enmarca dentro de un programa político: la transformación del Estado burgués Argentino

en Estado Plurinacional, en línea con el proceso boliviano liderado por Evo Morales. Advertimos que por más que se cambien las constituciones y las palabras, si no hacemos una revolución que acabe con la gran propiedad privada de los medios de producción el resultado seguirá siendo un Estado burgués, plurinacional o no, al servicio de los intereses de los grandes empresarios, nunca de los oprimidos. Alertamos que en Bolivia, después de declararse “Estado Plurinacional”, quedaron en pie las multinacionales y, por tanto, no cesó la violencia sobre los pueblos originarios.

Todas estamos de acuerdo en que todos los reclamos, todas las reivindicaciones, todos los derechos de los pueblos originarios deben ser levantados, fundamentalmente la necesidad de arrancarle la tierra a los terratenientes y garantizar la enseñanza de las lenguas en las escuelas. Y agregamos: su emancipación sólo será posible de la mano de la clase obrera, la única clase que levanta en su programa la expropiación y nacionalización de toda la tierra. La única clase que tiene inscripto en su programa la autodeterminación de las naciones. Y que sólo serán conquistadas por la vía de la revolución social, nunca por leyes, ni constituyentes, ni conciliando con la burguesía, sus partidos y su Estado.

Intervenimos en los Encuentros con esta política radicalmente distinta y también antagónica a la de la mayoría, pero defendemos la extraordinaria importancia de su existencia y combatimos cualquier intento de división, con cualquier motivo.

Enfrentar la violencia hacia las mujeres con el programa de emancipación e igualdad, bajo la estrategia de destrucción del capitalismo por la revolución proletaria

El 3 de junio se cumplieron cuatro años de la gran movilización que convocó a más de 300 mil personas en Buenos Aires, con marchas en todo el país y que ha generado movimientos similares en otros países de América del Sur. La primera convocatoria surgió a raíz del asesinato de Chiara Pérez, de 14 años, en la ciudad de Rosario. Fue el hecho que hizo explotar el hartazgo que venía sintiendo la sociedad en repudio a diferentes actos de violencia hacia la mujer.

En el país hay antecedentes, como el caso María Soledad o Marita Verón que también tuvieron convocatorias multitudinarias y que conmocionaron a toda la población. Si bien la primera consigna fue la de **Ni una menos**, todos los años ha ido mutando de acuerdo a la realidad política. En el 2016 la principal consigna fue: **Vivas Nos Queremos**, en el 2017 ya había asumido Macri y la marcha estuvo cruzada por críticas al gobierno por haber cerrado hogares, y quitado presupuesto, entre otras medidas, así fue que la convocatoria fue en el marco de: **Basta de violencia machista y complicidad estatal**. Como podemos observar el movimiento tuvo una clara evolución política al indicar el rol del Gobierno y la responsabilidad del Estado, aunque al referirse a la violencia como machista se mantenga en la postura de entenderla como parte de una opresión de género y no de clase. La última movilización del año 2018 estuvo cruzada por el debate del aborto: **Sin #AbortoLegal no hay #NiUnaMenos. No al pacto de Macri con el FMI**, sumado al impacto del pacto con el FMI y la política del imperialismo agravando la situación de las mujeres.

La crisis económica agrava la opresión sobre las mujeres porque la reducción de salario lleva a intensificar el trabajo doméstico para poder sobrevivir, la miseria exacerba la violencia doméstica y en un marco de desocupación creciente (y las mujeres junto a los jóvenes somos las más afectadas) se fortalecen la dependencia y los lazos económicos dentro de la familia.

El movimiento Ni Una Menos ha tomado un carácter popular. Su método de resolución, la asamblea, ha logrado convocar a muchas mujeres que por su condición de trabajo no tienen una estabilidad que les permita por ejemplo ser parte de un sindicato, así como ocurre en el Encuentro de Mujeres. La diversidad de sectores que participan de estas convocatorias abre la posibilidad de organización intersindical, incluso pasando por encima de las burocracias sindicales.

Además ha ido incorporando el método del paro, que ha dejado expuesto a la burocracia sindical de la CGT que ha sido parte del sostén del Gobierno en las políticas de ajuste.

Asimismo los documentos que convocan a las marchas se han pronunciado contra las medidas del Gobierno, de endeudamiento del país, de represión a los sectores populares, y de desvalorización del salario. Es decir que hay en el movimiento una vinculación entre la violencia hacia las mujeres y sus

condiciones materiales.

Una de las limitaciones del movimiento es que se caracteriza asimismo como un movimiento sin dirección. Que haya libertad política de participación no significa que no hay dirección. La dirección la tienen principalmente las organizaciones feministas de distintos orígenes, que plantean reformas dentro del sistema capitalista. Señalar al sistema capitalista como responsable es insuficiente, ya que se desprende la idea que podría haber un capitalismo humanizado, o que el problema de la violencia, como sostienen algunas corrientes, es un problema cultural.

El triunfo del movimiento de mujeres va de la mano con la destrucción del sistema capitalista, y está directamente ligado a la clase obrera (conformada por mujeres y hombres). El programa obrero respecto del destino de la política económica del país es irremplazable para enfrentar la opresión y violencia que recae sobre las mujeres. La socialización de las tareas domésticas y el reparto de horas de trabajo permitirán terminar con la doble opresión de las mujeres y su dependencia económica respecto a la familia. Ambas medidas exigen, para ser concretadas, de la planificación de la economía que sólo la clase obrera podrá llevar adelante tras socializar los grandes medios de producción (fábricas, tierras, talleres).

No será un gobierno burgués más o menos progresista el que rompa con el imperialismo. Conocer la estrategia no quita la necesidad de pelear por las reivindicaciones inmediatas, por el contrario, le dan una razón de ser. Habría que preguntarse qué pasaría si se cumpliera la enseñanza de la educación sexual y se le otorgaran casas de refugios a las mujeres: ¿Se terminaría la violencia sobre las mujeres? Claramente no. Un sistema que está en claro estado de putrefacción con una economía que empuja a millones a la indigencia no puede generar mejores condiciones ni para los oprimidos en general ni para las mujeres. Por consiguiente, intervenimos activamente para dotarlo de la política revolucionaria de la clase obrera.

Nos encontramos frente a un movimiento que tiene como mayor virtud el haber sacado la violencia de la mujer del ámbito familiar, dejando así de ser un problema individual y demostrando que se trata de un problema social y colectivo, cuestionando el poder de injerencia de la Iglesia en la vida de las personas y la influencia en la educación. Este movimiento de mujeres nos da la oportunidad de debatir a todas las organizaciones sociales y políticas sobre las causas de la violencia, su vinculación ineludible con la opresión de clase, y la necesidad de ir en el camino de erradicar los vicios de esta sociedad patriarcal en todos los ámbitos atacando a su base material: la propiedad privada. Es nuestra responsabilidad impulsar dentro de este movimiento una respuesta de fondo, alineando al movimiento de mujeres tras la revolución proletaria para enterrar la propiedad privada y con ella al patriarcado.

www.por-cerci.org

 11 2351 4699

 Partido Obrero Revolucionario - Masas - Argentina

¿Por qué decimos que la opresión sobre las mujeres es de clase y no de género?

En las últimas décadas las organizaciones feministas han desarrollado la idea de que la opresión que sufrimos las mujeres no sería de clase sino de género, cuya base debe buscarse en una cultura que da el poder al “macho” para humillarnos y someternos física y psicológicamente. Las más radicales han llegado al extremo de negar la lucha de clases y sustituirla por una guerra entre mujeres y hombres.

Sostienen que el patriarcado sería un sistema de dominación universal independiente del capitalismo, que nos oprime a todas las mujeres por igual. Y concluyen, por tanto, que el programa de emancipación de las mujeres consistiría en el desarrollo de una educación que cambie los valores culturales, que se alcance la igualdad mediante sistema de cupos en los trabajos, en las listas de candidatos, etc., y castigue las expresiones de la opresión. De esta manera sería posible de acabar con la opresión y la violencia a través de leyes, de la incorporación de la “perspectiva de género” en escuelas y reformas del capitalismo. Así mismo no faltan organizaciones de izquierda que pretenden unificar marxismo y feminismo sosteniendo, aunque a veces no lo digan abiertamente, que la opresión es de clase y de género. Esta forma de plantear la cuestión se centra en los fenómenos para ocultar sus causas. Por ello inclusive los organismos del imperialismo como la ONU pueden plantear entre sus objetivos la “igualdad de género”.

El origen de la opresión de las mujeres fue con las sociedades de clase, basadas en la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del trabajo. Las mujeres fuimos convertidas en esclavas del hogar, no por el poder de los hombres en general, sino por un puñado de hombres y mujeres, propietarios de los medios de producción, que necesitaban que garanticemos la crianza de los niños (las nuevas generaciones a ser explotadas) y el cuidado de los hombres para que sean explotados. El patriarcado no es un sistema de dominación “independiente” del capitalismo, es una y la misma cosa, es la forma de organización sexual (la familia monogámica) que nació para garantizar la existencia de la propiedad privada (a través de la herencia por línea paterna) y la explotación del trabajo. El capitalismo no es más que la forma moderna y última de la propiedad privada.

El capitalismo, al desarrollar la gran industria, sentó las bases para acabar con el patriarcado. Por un lado porque incorporó a millones de mujeres al trabajo en las fábricas, los oficios y las profesiones. Por el otro porque llevó a la producción industrial un montón de tareas que antes las mujeres nos veíamos obligadas a realizar en casa: la confección de ropa, los pañales, las conservas de alimentos, etc. Inclusive al desarrollar el sistema educativo fue posible que una parte considerable del tiempo de cuidado y la educación de los niños fuera socializado.

Sin embargo el capitalismo no fue capaz de desarrollar esta tendencia hasta el final. Convirtió a muchísimas mujeres en trabajadoras asalariadas pero no eliminó por completo el trabajo doméstico, por eso decimos que cargamos con una doble opresión, la del capital y la del hogar. Los

capitalistas nos tratan como fuerza de trabajo inferiorizada, nos pagan salarios menores (un 25% en promedio), tenemos una mayor tasa de desocupación (más del doble que los hombres) y no accedemos a todos los trabajos por igual.

La familia como unidad económica de la sociedad de clases, hoy el capitalismo, establece los lazos de dominación y subordinación al hombre. No es casualidad que la mayor parte de los abusos, violaciones y violencia en general ocurran en el seno de la familia. Por eso decimos que el programa de emancipación de la mujer implica la destrucción de su condición de esclava de la familia. Muchas organizaciones feministas no solo no pueden ver este papel de la familia en la opresión de las mujeres sino que además buscan reforzarla. Sostienen que podría resolverse “repartiendo equitativamente” las tareas del hogar con los hombres. ¿Y las millones de mujeres que nos hacemos cargo solas de la casa y de los chicos? ¿Nos tenemos que buscar un marido? ¿Y qué hacer si el hombre trabaja 10, 12 o 14 horas? Nuestra lucha no es contra los hombres, sino contra los capitalistas, contra los que están interesados en la existencia de la explotación del trabajo y la opresión sobre las mujeres.

El mayor peso de la opresión recae sobre las mujeres obreras, las mujeres originarias y las mujeres de las clases medias arruinadas. No todas las mujeres somos oprimidas por igual por el patriarcado. Sectores de las clases medias pueden atenuar esta opresión pagando para que otras personas se encarguen de las tareas domésticas, mientras que las burguesas como Juliana Awada viven directamente del trabajo ajeno explotando a hombres, mujeres y niños. Estas últimas no son nuestras hermanas sino nuestras enemigas de clase.

Para acabar con la opresión no bastan medidas culturales, porque la base económica de la sociedad sigue reproduciendo la división del trabajo que nos encadena al hogar. Mientras haya millones de desocupados las mujeres seremos las más afectadas, junto a los jóvenes. Mientras nos sigan pagando salarios menores y las tareas domésticas no sean completamente socializadas seguiremos atadas al sometimiento familiar, que seguirá perpetuando todas las formas de violencia.

Para acabar con el patriarcado es necesario acabar con el capitalismo, destruyendo aquello que le dio origen: la propiedad privada. Solo la lucha de clases, por la revolución y dictadura proletarias, por el socialismo, puede acabar con este estado de cosas. Por ello es imprescindible organizarse con la política obrera, recuperar los sindicatos que están en manos de los burócratas y construir el Partido Obrero Revolucionario que levante la estrategia revolucionaria de transformar la propiedad privada en propiedad colectiva. Así podremos poner los grandes medios de producción al servicio de las necesidades de las grandes mayorías y acabar con la desocupación, incorporar a todas las mujeres al trabajo, socializar las tareas domésticas y el cuidado de los niños, garantizando la independencia económica por medio del salario mínimo igual a lo que cuesta vivir.